

## Las cruces blancas de los negros

*El Nacional*, 1958-05-31.

Librada Monasterio es una negra curiepera que acaba de cumplir sus ochenta con el cuerpo livianito, en los puros huesos.\*

Es como si se hubiese quemado una vela de cera negra hasta el cabo, y aguantase erguido, hueso de polvo, el chicharrón del pabilo.

O como si su estrecho pellejo de cristiana vieja estuviese atravesando de huesos cuando dice como un lamento:

"La gente antigua sí cree, pero los nuevos no".

En lo que cree la gente antigua como ella es en la *Soledad de Piedra*, una Virgen de *madera muy dura, como piedra*, que "antes estaba en la capilla del Calvario" y ahora la tiene ella entronizada en una pobre pieza de bahareque con más devoción que en una Catedral.

Ella, que está viviendo sola, no estaría todavía contándose los huesos del costillar, o sintiéndose los codos como alfileres, o abrazándose a sus rodillas como quien se agarra a una empalizada, sino fuese por su "Compañerita", que entre otras gracias tienen la de que "no hay quien la levante si Ella no quiere".

Alfredo Armas Alfonzo y Luis Felipe Ramón y Rivera, con el espíritu deportivo e irreverente de la gente nueva, probaron que la Virgen de la sociedad de Piedra se dejaba levantar en brazos, aunque apostaría yo que la anciana le estaba rezando para pedirle angustiosamente un milagro.

Fernando Madriz Galindo, curiepero de nacimiento, con su color y todo, miró la prueba como quien ve salir un "encanto" del río Curiepe y como si le sonasen en las sienes los golpes del tambor redondo.

Fue al salir al patio, un patio resguardado y tranquilo que mira todo el pueblo desde la alzada cabeza de un cocotero, cuando Librada Monasterio nos hizo la revelación de que la Soledad de Piedra, *que es antiqüísima, de los antepasados*, estaba creciendo.

Como está creciendo el Cristo de san Francisco de Tiznados. Allá estaba pidiendo una carretera. ¿Qué pedirá la señal para Curiepe?

La anciana dijo que sí recordaba a la Virgen cuando era más pequeña; pero se escurrió discretamente de la responsabilidad de una mentira, que a los ochenta años debe ser un pecado muy gordo, sin fijar ningún tamaño; y me reprochó la insistencia con una mirada antigua y lejana, sin rencor, como repitiendo el comienzo:

"La gente antigua sí cree; los nuevos no".

Y me sentí irreverentemente nuevo, como escapado de un hechizo de Librada Monasterio, una piadosa negra curiepera que acaba de cumplir sus ochenta años con el cuerpo livianito, en los puros huesos.

Así debe ser muy fácil subir al cielo.

---

\* Arazo teknikoengatik, idazlan hau ez dago osorik. Hutsuneen lekuan '[?]' adierazpidea erabili dugu.

-2-

Fernando Madriz Galindo es un hombre culto. No a la manera como algunos entienden la cultura, artificiosa y llena de citas; sino la de raíz, la que aflora en la actitud del hombre frente a todas las razones y todas las consecuencias de la vida.

Fernando es un fino observador, y un respetuoso intérprete de la vida que le rodea. Penetra, como Juan Pablo Sojo, con profunda emoción en las tradiciones de su pueblo, que es como decir en la entraña misma de su ayer, donde se gestan los dolores de muerte y las risas nuevas de los niños.

Está recogiendo en cuadernos de escuela, con una caligrafía sosegada, como semillas nuevas, pedazos del alma popular que otros están despreciando como sobras. Como si la humanidad pudiera permitirse el lujo de ir perdiendo por el camino, no la plata ni el oro, con los que se dan baños de civilización a los hierros colados de muchas relucientes inculturas, sino las semillas del trigo, del maíz espiritual, simientes del pan humilde que ha alimentado la vida del hombre desde que tiene memoria y tiene imaginación, y de la que no podrá pasarse en la era atómica sin diluirse en un inmenso rebaño de máquinas con dos botones.

Con Fernando Madriz Galindo visitamos silenciosamente a Juan Pablo Sojo tendido entre sus dos viejos, en un cementerio tan lleno de cruces (y de cruces tan blancas en un cementerio de negros) que ya están desbordando el cerro, y han comenzado a pedir para los carieperos mayor espacio donde caer muertos.

-3-

El güeteperque, que tiene la concha muy dura, está matando los cocos de Barlovento. Es un animalito muy ladino, de sólo unos tres centímetros, que no se anda por las ramas, sino que se mete dentro de la tierra y se come el corazón de la mata, porque como en los hombres, es por donde se mata mejor a los cocoteros.

Primero se caen los cocos; después se van desgajando, una a una, las palmas; luego, el tronco se queda artificialmente de pie, como algunos hombres; igual como se mantienen, clavadas, las estacas.

Hay también en Barlovento otros bichos que sin ser el güetepereque se están comiendo también la vida misma de Curiepe, y de Barlovento entero.

Cuando todo el valle eran unas pocas haciendas, y todos los negros eran una sola familia maldita de esclavos, el negro no tenía derecho a tierras. Luego, ya liberto, que es como decir abandonado a su suerte, sembró el negro sus frutos menores: sus plátanos, su ñame, su maíz, sus caraotas, su frijol. Se los secó despiadadamente el sol, se los pudrió sin piedad el agua del invierno: los dos azotes de Barlovento. Ni un embalse para guardar la lluvia que sobra ni un triste riego cuando el sol se bebe las raíces de los frutos.

Entonces todavía no había caminos, y había que cruzar, para ir a Caracas, sube y baja, baja y sube, la serranía a pie. Por Capaya, por Guatire, por Petare. Se gastaban tres días, y hasta cuatro cuando los pies estaban viejos. Luego, con la bendición [?] los pies

ligeritos y llevan en medio día hasta Caracas, llegó la maldición de los güetepereques de corbata, los "tragatierras de por ahí", cambiando dinero, poco dinero, por tierras, anchas tierras y los ojos blancos del negro descubrieron con pasmo que por donde se compraban las tierras se construían los caminos.

Y miren ustedes cómo a veces los caminos traen desgracias.

Antes, cuando todavía el ferrocarril transportaba las cosechas desde El Guapo hasta Carenero, que era un hermoso puerto que se arruinó, los racimos de cambur se mandaban de madrugada por el río Curiepe, en las canoas, y cuando regresaban al anochecer se repartía la plata tanto para el canoero, tanto para el conuquero, y todo el dinero se quedaba en Curiepe, que es como decir en casa. Ahora uno entrega al camión un racimo de 22 kilos de cambures que llegó a lomo de hombre desde cuatro o cinco kilómetros, le pagan dos bolívares (porque el conuquero está a merced de los camiones que lleguen), y el camión y el racimo se van por la nueva carretera, a Fernando no le importa la velocidad que llevan.

-4-

Esto es lo que hay en la región de Curiepe. ¿Ah!, y dos trapiches; esa es toda la industria. Y un olor un poco agrio, pero sabroso, de pequeñas esteras de cacao secándose al sol en los patios, o en las aceras. Y muchos negros, alrededor de 2.500. Y también un cura blanco, un padre italiano con su pobre casa de adobes llena de niños jugando a la adivinanza, mientras él trabaja (bañado en el sudor de Curiepe en pleno mediodía) reparando aparatos de radio y otros artefactos eléctricos.

Con tanto güetepereque encorbatado como ha llegado a Curiepe, se salva, entre otros el Padre Ernesto, este cura italiano a quien las misas no le rinden ni para sus limosnas, y se tiene que dedicar a reparar los aparatos eléctricos del pueblo para comer.

Y con lo que hay en Curiepe, que entre otras cosas tiene para enterrar a uno cristianamente, hay algunas cosas que faltan.

Si a alguien que se enferma de gravedad (que está dentro de los posibles) no lo llevan con mucho apuro hasta Caucagua o Río Chico, los únicos lugares donde hay hospital en todas las 300.000 hectáreas que tiene Barlovento, hay que ir pensando en lo que cuesta una urna.

Hay un dispensario, pero sin apenas medicinas.

Antes había, para un remedio, algunos brujos ("Brujos buenos", "médicos prácticos" o "curiosos", los llama respetuosamente Fernando), como Segundo Berroterán en el caserío La Balsa o José Flores, que llamaban el "gran curioso", porque es el que "sacaba más de los del oficio en Curiepe".

Ahora parece que no queda ni uno para remedio, porque "están dementes".

Entre las cosas que afortunadamente ya no hay, y es una bendición que falte, está un fotógrafo, que Fernando nos dice graciosamente que era "uno de esos que llaman esbirro". Este pájaro hacía las fotografías y luego, si le molestaba algún vecino, mandaba el denuncia a la Seguridad Nacional con ficha fotográfica y todo.

-5-

Pero todavía quedan en Curiepe, y es importante consignarlo, hombres como Fernando Madriz Galindo, como el Padre Ernesto, y decimistas capaces de cantar, y niños que conocen ya el daño que hace el güetepereque y miran a la carretera como algo que hay que andar para aprender la manera de eliminarlo sin por eso dejar de vigilar los huecos de los bonos para la ñapa guindados en la pulpería; porque hasta eso, que es tan poco, es un pedazo del alma del pueblo que hay que salvar para la ilusión de los niños que vienen.